





Somos nubes



# Somos nubes

Laura Arcila



*Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Laura Arcila 2025

© Entre Libros Editorial LxL 2025

[www.entrelibroseditorial.es](http://www.entrelibroseditorial.es)

04240, Almería, (España)

Primera edición: julio 2025

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-53-7

*Para todos aquellos que alguna vez han odiado las nubes  
por tapar el sol, olvidándose de que, sin ellas, los atardeceres  
no tendrían sentido.*



*Dedicado a todas las Eris del mundo que en algún momento  
olvidaron quiénes eran o que aún no han logrado recordarlo.  
Sois preciosas, no me cabe duda.*

*Y a todos aquellos que, como Miles, dedicaron o dedican parte  
de su vida a tomar de la mano a quienes están perdidos  
para ayudarlos a encontrar su camino.  
No sabéis lo necesarios que sois.*



# Playlist



*Misunderstood, Bon Jovi*

*She's Gone, Steelheart*

*Medicine, Bring Me the Horizon*

*Scars To Your Beautiful, Alessia Cara*

*Beautiful Girls, Sean Kingston*

*You're Gonna Go Far, Kid, The Offspring*

*Iris, The Goo Goo Dolls*

*Fine Again, Seether*

*Always, Saliva*

*Lose Yourself, Eminem*

*Running Away, Hoobastank*

*Change My Mind, E-Dubble*



# Introducción



Eris Blair

No tardó demasiado en marcharse, y tan pronto como lo hizo, me levanté de nuevo para obligarme a enfrentarme a mi propio reflejo. Todo estaba en mi mente, ya lo sabía. Antes de abrir la puerta del baño, le mandé un mensaje a *mi chico* —qué raro sonaba—, sin darle demasiada importancia, porque en realidad no la tenía; solo lo avisé de que, posiblemente, estaba a punto de tener un bajón importante y tardaría un poco más en abrir cuando viniera para desayunar juntos, como habíamos acordado.

—Vas a estar preciosa —me dije a mí misma, con la luz encendida y los ojos cerrados delante del espejo—. No estás gorda. Aunque si lo estuvieras, tampoco pasaría nada, porque no es nada malo. Todos los cuerpos son bonitos. Todos. —Me repetí eso mismo como un mantra.

Volví a darle la espalda al espejo y puse música para intentar seguir la letra en mi mente y mirarme sin darle mayor importancia a mi aspecto. Me pareció irónico poner *Lose Yourself*, de Eminem.

—Ay, no —murmuré cuando me giré sin cerrar los ojos y me encontré con mi reflejo.

Me analicé el rostro lentamente.

Me había mentalizado de que tendría ojeras, pero podía cubrir las con corrector y crema hidratante; nada que no pudiera solucionarse. Tenía el cabello horrible, eso sí, así que pasé los dedos por él, llevándome un buen puñado de pelos sueltos.

—No, no, no, imposible. —Volví a pasármelos de forma más desesperada, enredando más mechones aún—. No, mi pelo no —dije con voz temblorosa. Los cogí del lavabo y los escudriñé con los ojos como platos.

¿Tendría anemia? No podía ir al médico, ya que mis padres se enterarían y tendría que volver a casa. No podía irme, no ahora. Intenté mantener la calma. Estaba comiendo más o menos bien, ¿no? Es decir, me saltaba todas las comidas que podía sin que mi hermano lo supiera, pero comía mucho durante los fines de semana, ¿verdad?

Agradecía llevar una camiseta gigante, porque así no podía verme y caer más bajo aún. Aunque quería hacerlo, quería verlo. Vacilé unos segundos antes de sujetar la parte trasera de la prenda de ropa que me cubría y tirar hasta ajustarla a la forma de mi cuerpo. Se me escapó un sollozo.

—No es real, Eris —conversé conmigo misma—. No es cierto, tu mente está jugándote una mala pasada.

Era totalmente consciente de lo que estaba pasándome. Solo tenía que controlarlo y relajarme. Quizá, ducharme era la solución. Me quité la camiseta con los ojos cerrados; me negaba siquiera a echarme un vistazo, pues sería como torturarme a mí misma. Bueno, quizá era capaz de mirarme un poco.

—Ay, madre mía. —Me llevé una mano a la boca, sollocé y abrí muchísimo los ojos.

Era físicamente imposible coger tantísimo peso de un día para otro, por lo que debía estar sucediendo solo en mi mente. Tenía que ser mi imaginación, ¿no? El día anterior estaba bien, todo fue bien, me veía normal y me sonreí a mí misma en el espejo. ¿Por qué ahora todo era diferente? Me temblaban las piernas, y mis manos, posadas sobre mi abdomen, comenzaban a sudar por los nervios y el intento fallido de controlar lo que fuera que estuviera sucediéndome. Comencé a llorar, y a la vez, mi móvil vibró sobre la encimera del baño.

Una, dos..., tres llamadas perdidas.

Me senté en el suelo, envolví mi cuerpo con los brazos para evitar desviar la mirada hacia abajo de nuevo y hundí la cara entre ellos mientras me abrazaba las rodillas. El timbre sonó con insistencia, luego aporrearon la puerta y después se hizo el silencio. La música seguía reproduciéndose; esta vez, *Running Away*, de Hoobastank.

—¡Eris! ¿Dónde estás? —Ahogué un sollozo al escuchar su voz al otro lado. Debía haber entrado por la ventana de mi dormitorio, como siempre—. ¿Estás en el baño?

Gateé hasta la puerta y cerré el pestillo apenas un segundo antes de que él intentara abrir. Apoyé la espalda en ella y sentí cómo empujaba con ganas.

—Abre —me dijo con tono autoritario—. Por favor, Eris, ábreme la puerta —me suplicó, bajando el tono de voz.

Me sujeté del borde de la encimera para levantarme del suelo, y mientras sujetaba la camiseta contra mi pecho, giré el pestillo. Él abrió casi de inmediato, y sin mirarme y sin decir nada, me atrapó entre sus brazos.

—Estoy aquí —murmuró. Me dio un beso en una de las sienes y me estrechó contra su cuerpo.

«Estoy aquí».

Hay ocasiones en las que esas dos simples palabras son lo único que necesitamos escuchar para seguir adelante.

Repetía su voz en mi cabeza una y otra vez a medida que las lágrimas mojaban su camiseta gris, dejando pequeñas y difuminadas manchitas oscuras. Apoyó la barbilla en mi cabeza e intuí que, en silencio, contemplaba mi reflejo.

# Capítulo 1

## DESPEGAMOS



Eris Blair

Todo era un poco caótico en casa.

El chófer de la familia metía el equipaje en el maletero mientras mi madre contenía las lágrimas abrazando a mi hermano una y otra vez, como si no fuera a vernos en apenas tres meses. Mi padre se acercó a mí con los brazos abiertos, y aunque al principio lo miré con algo de recelo, acabé aceptando el abrazo. En realidad, si había que señalar a un culpable, ese era él, porque quería que estudiáramos el segundo año de universidad en Londres; siempre tan centrado en nuestro currículum y nuestro historial académico. Como Miles, a quien le pareció una magnífica idea. Y como mi madre también estuvo de acuerdo y mi opinión siempre parecía importar más bien poco, acabamos haciendo las maletas.

Después del abrazo, me puse los auriculares y le di al botón de reproducir en la pantalla del móvil. Mi madre no tardó demasiado en quitármelos de las orejas. Sentí unas tremendas ganas de mandarla bien lejos, pero me contuve.

—Dámelos. —Extendí una de mis manos y me mordí la lengua mientras ella escondía las suyas detrás de la espalda—. Por favor.

—Blair —dijo con el tono más serio que pudo.

—Eris —la corregí, molesta por que usara mi segundo nombre.

—Prométeme que no vas a darle muchos dolores de cabeza a tu hermano. —Me tendió los auriculares y yo se los quité de mala gana antes de ponérmelos al cuello.

—Oh, sí, mamá, preocúpate por el hijo bueno. —Puse los ojos en blanco y después miré a mi padre de forma acusatoria en busca de algo de apoyo.

—Y que *tú* tendrás cuidado, nos llamarás y no te meterás en problemas.

—Sí, papá. —Suspiré—. El diablo se va de casa, tranquilos.

—Sabes que lo decimos por tu bien, pequeña artista. —Puso una mano en mi hombro y luego volvió a abrazarme, sin olvidar darme un beso en la cabeza. Casi me enterneció ese gesto.

—Señorita Banner, tenemos que salir ya. —El chófer se acercó e inclinó la cabeza hacia mis padres a modo de despedida.

—¡Llamad cuando lleguéis! —gritó mi madre desde la puerta de casa, abrazada a mi padre dramáticamente.

Volví a poner la música lo más rápido posible antes de que mi hermano hiciera algún intento de conversar acerca de lo triste que me ponía irme de casa. Porque sí, me entristecía, pero jamás se lo confesaría.

Mientras admiraba el paisaje por la ventana, *Misunderstood*, de Bon Jovi, sonaba en los auriculares acompañando el remolino de emociones que sentía dentro de mí.

Mi hermano hablaba alegremente con el chófer y a veces me dedicaba una mirada fugaz, quizá esperando que dejara la música y le prestara atención. Pero apenas eran las cinco de la mañana y quedaban demasiadas horas para llegar a nuestra nueva casa, donde él y yo viviríamos solos todo el curso. Ya habíamos estado

en el apartamento varias veces a lo largo del verano, pues desde el sur de Irlanda a Londres el vuelo era rápido, y eso nos permitió instalarnos con facilidad.

Miles siempre parecía muy despierto, alerta. No había momento en el que no estuviera dispuesto a escuchar y ayudar a cualquiera que lo necesitara, con su paciencia infinita, sin presiones. Pero conmigo era tremendamente insistente en saber cómo estaba las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, los trescientos sesenta y cinco días del año. A veces incluso dudaba que tuviera vida o intereses propios más allá de escribir poemas o cuidar plantas. Aunque lo segundo lo compartía conmigo. Desde pequeños habíamos atendido el jardín con mi madre, y unos años atrás comenzamos a cuidar pequeñas plantitas juntos. Yo, por mi parte, amaba fotografiar esas plantas y subirlas a redes sociales con versos que le robaba de su cuaderno de notas, y aunque Miles solía molestarse por ello, sabía que en el fondo le hacía ilusión. Y si no le gustaba, tampoco me importaba, ya que mis seguidores adoraban sus pequeños versos, aunque para mi gusto eran demasiado empalagosos. Quizá le faltaba sentirse atormentado por algún suceso para escribir algo más rompedor, que le destrozaran el corazón, por ejemplo, porque tampoco había estado con ninguna chica en toda su adolescencia —que yo supiera—.

Me mordí el interior de las mejillas cuando me quitó uno de los auriculares. Lo fulminé con una de mis miradas asesinas y me encontré con la suya, tan verde y pacífica que me irritó aún más. Sus pestañas eran largas y rizadas, dándole más vida a sus ojos rasgados. Seguí la línea de su nariz, recta y fina, como la mía, hasta llegar a la sonrisa tensa de sus labios. Me inquietaba parecerme tanto a él, aunque eso era lo que tenía la genética.

—No me mires como si hubiera matado a un gatito, Eris. —No solo me reprendió con palabras, sino también con aquellos ojos brillantes, y yo resoplé a modo de respuesta—. ¿Estás nerviosa, hermanita?

—Punto uno: el *hermanito* eres tú, que naciste un minuto después. Punto dos: no estoy nerviosa, estoy hasta el coño de que estés hablándome alegremente a las cinco y media de la mañana. Cállate —le espeté. Me crucé de brazos y apoyé la cabeza en el cristal.

—Había pensado que podríamos ir a desayunar tortitas con sirope de arce al llegar al barrio —continuó, ignorando mis quejas, y casi le solté un gruñido. Al no obtener respuesta, hizo algo que solo él se atrevería a hacer—. ¿Qué escuchas? —Cogió el auricular y se lo llevó a la oreja.

Yo lo recuperé de un manotazo.

—¿Y no has pensado en callarte un rato? —Me centré de nuevo en la música, pero poco duró ese segundo de paz, porque Miles había decidido jugar con mi paciencia y volvió a quitármelo.

—Solo quiero saber si estás bien. —Esa vez, su tono fue más serio, como siempre que quería darme a entender que podía contar con él.

—Sí, Miles, estoy de puta madre. —Sonreí de la forma más falsa que pude y me asomé entre los sillones para dedicarle una mirada suplicante al chófer—. ¿Queda mucho, Robert?

—Diez minutos para llegar al aeropuerto.

No me quedaba otra que aguantar la charla de mi hermano, quien acostumbraba a parlotear cuando estaba nervioso. Él era introvertido por naturaleza, pero en los momentos de tensión siempre era el primero en hablar para intentar calmarse.

Me bajé del coche en cuanto Rob aparcó en el subterráneo y me alejé de ellos a toda velocidad, dejando que se ocuparan de las maletas. Entré en el aseo para refrescarme, ya que por culpa de los nervios que mi mellizo había logrado trasmitirme había comenzado a sudar. Y es que, aunque yo no tuviera un gran apego emocional con mis padres, seguía asustándome estar en otro país, lejos de ellos.

—No pasa nada, Eris. —Me contemplé fijamente en el espejo y odié los profundos surcos violáceos que habían comenzado a formarse bajo mis ojos. Las ojeras, sumadas al color verde pálido de mis iris y mi piel aceitunada, me hacían parecer enferma—. Está bien, esto te vendrá bien. —Meforcé a sonreír, pero mi mirada continuó igual de apagada.

Al salir, Miles y Robert me esperaban con los brazos cruzados. Mi hermano no tardó en acercarse y ponerme una mano en cada hombro. Se inclinó levemente y recorrió mi rostro en busca de cualquier síntoma de malestar que no le hubiese comentado.

—Estás cansada. Deberías descansar un rato. —Frunció el ceño, me cogió de la muñeca y me arrastró hacia uno de los bancos—. Puedes echarte en mi hombro. Están comenzando a salirte ojeras y no es bueno para la salud.

—Por Dios, Miles, son solo ojeras. —Suspiré y me dejé caer junto a él—. No pasa nada, solo tengo sueño.

—Anoche te llevaste la cena a tu dormitorio. —Enarqué una ceja, curiosa por lo que estuviera a punto de decir—: ¿Qué hiciste con ella?

—No lo sé, Miles, ¿cenar? —le espeté, negando con la cabeza. Después, la apoyé sobre su hombro y cerré los ojos. De repente, ya no tenía ganas de discutir.

—Más te vale —murmuró, y descansó su mejilla en mí.

Un buen rato después, me desperté al sentir el movimiento de mi hermano. Cuando abrí un ojo, vi que estaba garabateando en su bloc de notas. Con cuidado de que no me pillara, entrecerré los párpados para descifrar su letra cursiva.

Ella es frágil,  
pero no se rompe.  
Si acaso llorase,  
no la veré.

Aguanta el golpe,  
porque es valiente.  
Si acaso cayese,  
yo la cogeré.

Sabía que *ella* era yo. Pero se equivocaba en llamarme frágil.

—¿Es que tienes alguna noviecita, hermano?

Se tensó de inmediato y cerró la libreta, casi avergonzado.

—No, solo estaba pensando. —Se puso de pie y me tendió una mano para ayudarme a incorporarme.

—Ya. Más vale que no perdamos el avión. —Ignoré su mano, me levanté del banco y volví a colocarme los auriculares—. No vaya a ser que les jodamos la vida a papá y a mamá volviendo a casa.

—Eris Blair Banner, no digas eso. —Me sujetó la mano para detenerme.

—Eris —lo corregí, con una mirada asesina—. Lo demás sobra.

—Desde luego, el nombre te viene que ni pintado —respondió en voz baja, tomándome por sorpresa. Mi hermano no solía atacar, pero si lo hacía, picaba y mucho.

—Sí, Miles, la representación de la discordia. —Tiré para librarme de su agarre, retorciéndome—. La peor hermana del mundo, ¡lo siento!

Lo oí suspirar antes de que la música comenzara a sonar en mis oídos y eché a andar arrastrando mi maleta pequeña; las demás debían haberlas llevado a facturar hacía rato. Robert nos siguió de cerca hasta la entrada, abrazó a mi hermano y, respetando mi espacio, me dio un pequeño apretón en el hombro a modo de despedida. A él si le dediqué una cálida sonrisa antes de pasar el escáner y agité la mano para decirle adiós.

Miles odiaba los aviones, y ya había comenzado a parlotear consigo mismo en voz baja, tamborileando sobre la mesita del asiento

delantero y mirándome cada dos segundos para comprobar mi estado, y eso que ni habíamos despegado aún. A mí me traía sin cuidado. Desde hacía dos años, cogía todos los aviones que podía con mi prima Hana para recorrer ciudades europeas, y cada dos meses íbamos a París en familia para visitar al abuelo Dorian.

Miles, con su increíble capacidad para estudiar, había decidido hacer un doble grado para tener a nuestros padres contentos: Administración y Dirección de Empresas, por un lado, y Traducción e Interpretación, por otro. Había pasado el primer año de forma impecable, y por eso a mi padre se le ocurrió la brillante idea de mandarnos a la Universidad de Londres. Yo, por mi parte, elegí Diseño Gráfico para fastidiarlos, pensando que les afectaría de alguna forma que no estudiara algo relacionado con los negocios familiares. Qué equivocada estaba... A mi madre le pareció una idea magnífica ponerme a diseñar las portadas de algunos libros de su editorial, así que pasé parte del verano haciendo cubiertas de cuentos infantiles.

Aunque hacía creer a mis padres que odiaba la carrera y que era un tormento para mí, realmente la amaba. No necesitaba pasar demasiado tiempo estudiando, solo parecía que era algo innato en mí. Y me encantaba que algo se me diera bien, aunque solo fuera una cosa.

Miles parecía estar a punto de sufrir una taquicardia cuando el avión comenzó a aterrizar, así que dejé que se aferrara a mi mano para que pudiera tranquilizarse. Tuve que poner cara de molestia, aunque en el fondo sentí algo de pena. Y a pesar de que estaba a punto de romperme los dedos, aguanté el tirón por su bien. Al fin y al cabo, pese a que me negara en rotundo si me preguntasen, mataría a cualquiera que intentara hacerle daño a mi otra mitad.



# Capítulo 2

## INALCANZABLE



Miles

Había sido un viaje terrible.

Sentía ganas de vomitar, y posiblemente mi hermana tendría contusiones internas en los dedos por mi culpa, por eso me cargué una maleta suya a pesar de que insistía en que no era necesario.

Tendría que revisarle la mano al llegar a casa, sin falta.

Estaba lloviendo y Eris no paraba de quejarse bajo el techado de la entrada del edificio mientras el taxista y yo subíamos las maletas por el pequeño tramo de escaleras del portal. Ella cogió las suyas y las arrastró hacia el interior de mala gana mientras yo le pagaba al hombre.

—Me debes veinticinco libras. —Me asomé a su habitación, donde ya se había encerrado.

Claro que no le aceptaría el dinero, aunque me lo diera, pero como sabía que ni siquiera haría el intento, picarla un poco me pareció buena opción. Me lanzó un cojín que chocó con la puerta cuando la cerré rápidamente; viviendo con ella, tener reflejos era

algo crucial. No estaba muy seguro de que me hubiera oído, pero de todas formas pasé el recibo del taxi por debajo de su puerta, solo para molestarla un poco más. Unos segundos después, me lo devolvió con el dibujo de una caca sonriente y humeante.

Me hizo gracia.

Eris siempre tenía ese puntito de humor con el que yo no me atrevía, y me encantaba que a veces fuera tan espontánea y arriesgada. Arranqué de mi cuaderno el verso que escribí en el aeropuerto y lo doblé, no sin antes haber dibujado con un bolígrafo una margarita: su flor favorita. Me senté con las piernas cruzadas como un indio frente a su puerta y esperé a que me lo devolviera. Cuando el papel se deslizó por debajo, chocando con la punta de mi zapato, me sorprendió no ver nada dibujado sobre él. Lo abrí con curiosidad y fruncí los labios al ver lo que había escrito. O más bien *corregido*.

Él es frágil,  
se rompe.  
Si acaso llorase,  
lo veré.

No aguanta el golpe,  
No es valiente.  
Si acaso cayese,  
no lo cogeré.

Eris Blair siempre era un tanto agresiva en lo que a demostrar sus sentimientos se refería, y aunque sabía que su corrección iba dirigida a mí en forma de ataque, hice algo que la molestaría más que si me marchara: bajo la margarita, escribí «Te quiero» y volví a pasarlo bajo la puerta.

Aunque se hiciera la dura y diera a entender que no estaría para mí si la necesitaba en algún momento, sabía que mentía. Eris siempre mentía para hacerse la dura y... Bueno, mucha gente se creía esa fachada de chica a la que todo le importaba más bien poco, pero yo no.

Abrió la puerta y me tiró el papel —que había transformado en una bola— a la cara. Se plantó frente a mí, casi bufando como un gato enfadado, y lo desdoblé mientras le sostenía la mirada. Volví a dárselo.

—Guárdalo con los demás —le dije con una media sonrisa divertida—. Sé que te dará pena no tenerlo.

—Me importa una mierda lo que escribas, Miles. —Volvió a arrugarlo, pero esta vez lo lanzó hacia el interior de su habitación.

—Ya, seguro... Voy a ir a la biblioteca, ¿te apuntas?

—¿A la...? —Contrajo el rostro al no comprender muy bien lo que estaba diciendo—. ¿Para qué? Las clases empiezan en dos días.

—Quiero coger algunos libros. Si no, luego no quedará ninguno.

—Pues le dices a mamá que te los compre. —Se encogió de hombros y puso una mano en el pomo para cerrar la puerta.

—¿Tú eras *miss* Ecologismo? —Interpuse el pie entre la puerta y el marco, impidiendo que la cerrara.

—Me trae sin cuidado el ecologismo, tus poemas, tus libros y tú. —Hizo más fuerza para cerrar—. Que te den, Miles.

—Está bien. —Aparté el pie y di un paso atrás para dejar que cerrara con un golpe seco—. Pero voy a salir un rato. Si necesitas algo, escíbeme o llámame, o...

—No te necesito para nada. —Asomó un ojo, cansado pero enfadado, por la rendija de la puerta—. Pero cómprame una tableta de chocolate.

—Lo haré. —Le sonreí amablemente y ella volvió a cerrar.

Entré en mi habitación para cambiarme de ropa, no sin antes alisar una arruga en la colcha de la cama. Me puse un jersey fino

y gris, ya que, aunque estaba lloviznando, el aire era más bien caliente. Era de mi padre, así que me quedaba un poco grande. Me remangué hasta los codos y escogí unos vaqueros azules bastante sencillos. Después, me até las botas, me eché la mochila al hombro y cogí el paraguas, porque la biblioteca no estaba demasiado lejos e iría andando; apenas serían unos diez minutos.

Respiré profundamente cuando entré en la vieja biblioteca, analizando los olores a libros clásicos, nuevos, la madera de roble barnizado de los muebles, los tapizados antiguos... Me encantaban las bibliotecas. Eran un pequeño refugio donde podías encontrar prácticamente de todo, y a pesar de que estaba bastante cansado por el viaje, sentí una chispa de emoción por ponerme a investigar en las estanterías.

Había elegido el italiano como idioma para el curso de Traducción, y a pesar de que mi madre lo hablaba a la perfección y yo había aprendido bastante con ella, sabía que necesitaría algo de respaldo a la hora de examinarme de forma oficial. Le eché un vistazo a la amplia estantería de madera rojiza y sonreí cuando divisé el último diccionario inglés-italiano de la estantería.

—Aquí estás —murmuré, cogiéndolo por la parte superior mientras otra mano, fina y delicada, se encargó de sujetar la parte inferior.

Antes de mirar a la propietaria de aquellos dedos pequeños, de un color pálido brillante y con largas uñas negras, me aferré un poco más al lomo del libro. Ella hizo lo mismo, casi clavando esas uñas afiladas en la cubierta.

—Yo lo he visto primero —siseó de forma amenazante—. Suéltalo, pardillo.

—Disculpa. —Fruñí el ceño, sobresaltado por el insulto, y solté el libro. Al fin y al cabo, también podría coger el de francés-italiano.

—Más te vale no amedrentarte tanto con los cabrones de clase. —Negó con la cabeza y giró sobre sus talones.

Algo me hizo ir detrás de ella. Curiosidad, supongo.

—¿Estaremos en la misma clase? —le pregunté en un susurro.

—Ni lo sé, ni me importa. —Me echó un vistazo de pies a cabeza y sonrió levemente—. Intuyo que eres nuevo.

—¿Por qué lo dices? —Examiné mi ropa, preguntándome si había algo que pudiera delatarme.

—De lo contrario, ya me conocerías —me respondió, con un brillo peligroso en sus ojos del color del chocolate líquido.

Me quedé allí plantado, observando con demasiada proximidad lo preciosa que era la chica. Tenía la barbilla ligeramente alzada para mirarme a la cara, ya que era un poco más bajita que yo, aunque no demasiado, y sus ojos eran grandes y vivos, con un aire divertido y misterioso gracias a sus cejas castañas, rectas y espesas. Sentí cómo se me cortaba la respiración al darme cuenta de que estaba contemplando sus labios, gruesos y carnosos, y, raudo, devolví mis ojos a los suyos. Era la chica más hermosa que había visto en mi vida.

Entendí por qué era probable que todo el mundo supiera quién era. Su rostro parecía el de un ángel, pero a la vez tenía un cartel de «Cuidado, peligro» en toda la frente.

—Tranquilo, no muerdo. —Puso los ojos en blanco, casi aburrida—. Por ahora, claro.

—Yo... soy Miles —conseguí decir después de tragar saliva para aclararme la garganta.

—Genial, no podía irme sin saber tu nombre —respondió de forma sarcástica, y me dio la espalda, andando con gracia—. Nos vemos, pringado Miles —alzó la voz al mirarme por encima del hombro, sin importarle que estuviéramos en una biblioteca.

—¡Espera! ¿Cómo te llamas? —Me maldije a mí mismo cuando las palabras salieron solas de mi boca.

—Para ti, me llamaré Inalcanzable. —Me sacó la lengua en un gesto divertido mientras caminaba de espaldas y volvió a perderse entre las estanterías de la biblioteca, contoneando las caderas y meciendo su larga y densa melena castaña.

Era la clase de chica de la que había huido durante toda mi adolescencia, porque era ese tipo de persona que te arruinaba la vida

durante el colegio y que instaba a otros a arruinártela en el instituto. Pero no pude evitar sentir curiosidad por la que se hacía llamar a sí misma Inalcanzable. Quizá lo fuera. Seguramente lo fuera, sí.

Estaba a punto de sacar el bloc de notas de la mochila cuando recordé a por lo que había ido. Di unos pasos atrás, cogí el diccionario y lo eché a la mochila. Después, subí una planta hacia la sección de empresariales, donde me hice con un par de libros más.

Mi mente seguía estancada en los ojos de esa chica, tan hipnotizantes, tan diferentes a los míos. Mi corazón se aceleró sin querer y sentí la necesidad de sacar mi cuaderno y escribir. Me senté y cogí el bolígrafo con decisión.

Dos lunas llenas  
fusionadas con el mar.  
La sangre en sus venas  
me pide amar.

Rápidamente, deseché ese pensamiento fugaz, tachando el verso con una cruz enorme y cerrando el cuaderno de nuevo.

Al llegar a casa, me tranquilizó ver a mi hermana fuera de su cueva. Solté dos tabletas de chocolate y caramelo sobre la mesa baja del sofá, donde ella estaba arrodillada haciéndoles un par de fotos a las macetas que estaban en el saliente de la ventana para intentar capturar la mejor perspectiva de los geranios con el cielo nublado de fondo. Miró el chocolate como un águila a un ratón, y tras darme un rápido beso en la mejilla —que en su idioma se traducía como un «Gracias»—, se fue de nuevo a su habitación con la cámara colgando del cuello y mordiendo la tableta con una sonrisa de satisfacción.

Después de hacer la cena, fui a colocar los libros en la estantería de mi cuarto, pero me extrañé al encontrar mi cuaderno sobre mi escritorio, cuando debería estar en mi mochila, y suspiré antes de abrir la cuenta de fotografía de mi hermana.

Con enfado, me dirigí hacia su dormitorio y abrí la puerta sin llamar:

—Borra eso.

Ella me lanzó los pantalones que estaba quitándose.

—Fuera de aquí, guarro.

—Borra eso, Blair.

—No me llames Blair, no soy la abuela ni una borracha. —Suspiré e intenté ignorar el veneno de sus palabras.

—Borra la foto. —Intenté mantener la calma, hasta que ella sonrió de forma maliciosa—. Dame tu móvil.

—No voy a dártelo. —Frunció el ceño. Lo cogió con rapidez de su cama y lo escondió detrás de su espalda.

—Sí que vas a dármelo.

Comenzamos a forcejear para recuperar el teléfono y acabé inmovilizándola en el suelo, sentándome sobre su espalda. Le arrebaté su iPhone e intenté desbloquearlo con su rostro mientras ella pateaba como una cría sobre la alfombra.

—¡¡Suéltame!! ¡Estás invadiendo mi privacidad! —chilló, casi dándome una patada.

—¿Y tú? ¡Has cogido mi cuaderno y has subido algo que he escrito yo! —Lancé el móvil a la cama, rindiéndome por el forcejeo.

—¡Siempre lo hago, Miles! —Recogió el aparato y se arrastró por el suelo hasta el borde del colchón.

—Ese es el problema, Eris, que te pasas por el arco del triunfo lo que yo piense de eso.

—Yo hago fotos bonitas y tú escribes poemas bonitos. —Se encogió de hombros, se sentó en la silla del escritorio y comenzó a limpiar las marcas de los dedos en la pantalla con el borde de la camiseta.

—¿Te gustaría que yo subiera fotos de tus cuadros sin permiso? —Me crucé de brazos bajo el marco de la puerta y ella volvió a fruncir el ceño, entornando los ojos con rabia. Si repetía ese gesto una vez más, se le quedaría grabado para siempre—. La cena está hecha. Vamos.



# Capítulo 3

## EL CAPITÁN DEL PALEOLÍTICO



Eris Blair

El primer día de curso me levanté a las seis de la mañana a pesar de que la primera clase comenzaba a las diez y media. Aún en pijama, corrí para prepararme un café bien cargado y le eché un par de hielos antes de meterme en mi pequeña galería de arte. Comencé a imprimir algunos lienzos y los dejé secando apoyados en la pared. Cogí uno ya listo para pintar y me puse a hacer trazos sueltos mientras *She's Gone*, de Steelheart, sonaba en mi móvil, y me entregué a la paleta de grises y azules que estaba dejando fluir sobre el enorme lienzo.

Supé que era hora de ducharme y vestirme cuando el bueno de Miles llamó a la puerta tres veces. Eso me sacó de mi pequeña burbuja, haciendo que uno de los trazos fuera más duro y agresivo de lo que quería representar.

—Joder, Miles —murmuré antes de cerrar la ventana y echar la cortina.

—Buenos días. —Me sonrió, ya perfectamente vestido.

—Pareces un memo. —Puse los ojos en blanco y señalé su atuendo con la barbilla.

—¿Qué quieres que me ponga? —Suspiró, mirando con cierta molestia su camisa blanca.

—Al menos, sácatela de los pantalones, por el amor de Dios —le dije resoplando en tono de burla, y me acerqué a él para tirar del bajo de su prenda.

Mi hermano era un chico bastante atractivo. Aunque me diera cierto pudor admitirlo, debía ser realista, ya que teníamos buenos genes. Pero el muy idiota solía vestir como un empresario de cuarenta años, básicamente, porque toda su ropa la cogía del armario de nuestro padre.

Le estiré la camisa hacia abajo, dejándola caer sobre los pantalones lisos negros sujetos con un cinturón. Mis ojos bajaron hasta sus horribles zapatos tipo mocasín.

—Eris, vas a arrugármela.

—Quítate esos zapatos y ponte unas deportivas. —Negué con la cabeza—. Madre mía.

—¿Deportivas con traje? —Alzó las cejas—. Si la tía Carina te oyera...

—Hana no te dejaría ir así a la universidad.

—Te veré esta noche. —Me señaló con un dedo y se echó la mochila al hombro—. Tengo mil cosas que hacer hoy.

—Eres el único que tiene mil cosas que hacer el primer día de clase. —Me reí, para nada sorprendida, y me despedí con la mano antes de que cerrara la puerta.

Después de ducharme, y una vez envuelta en la toalla y goteando el suelo con el pelo mojado —si Miles estuviera aquí, estaría persiguiéndome con la fregona—, elegí algo de ropa en mi abarrotado armario. No hubo demasiado que pensar, porque lo tenía más que claro.

Eché un último vistazo por la ventana para asegurarme de que el día estaría despejado. Luego me puse una falda larga, llena de florecitas, y un top de punto en tono crema junto con unas sandalias romanas de color chocolate. Me recogí la melena castaña en un moño bajo, dejando sueltos varios mechones en la parte delantera. Cuidé cada detalle de mi maquillaje y metí un par de cuadernos en mi enorme bolso de fibra. Me miré una vez más en el espejo para hacerme una foto y subirla a las historias de Instagram. A continuación, bajé las escaleras para subirme a un taxi y que me dejara en la puerta de la universidad, ya que, aunque vivía cerca, se me había echado el tiempo encima.

Me sentí como un pez fuera del agua en la primera clase, y eso me encantó: no llamar la atención, quedarme al margen, no interactuar con nadie, quedarme al fondo del aula, bocetando cosas en mi tableta... Hasta que una chica apareció sujetando una cajita con un agujero en la parte superior y mirándome con una sonrisa divertida.

No tenía ni idea de para qué era, y me maldije por haberme aislado tanto mentalmente.

—Tienes que sacar un papel.

«No me jodas, genio».

Metí la mano y saqué un papelito doblado varias veces sobre sí mismo. Al desdoblarlo, estaba escrito en rotulador y en mayúsculas:

BALONCESTO.

RECONSTRUCCIÓN COMPLETA DEL LOGO.

FOTOGRAFÍAS DE LA TEMPORADA.

DISEÑO DE CARTELERÍA PROMOCIONAL.

FOTOGRAFÍAS ORIGINALES PARA EL EQUIPO.

ASISTENCIA: LUNES, MIÉRCOLES Y VIERNES.

HORARIO: CONSULTAR.

CAPITÁN: KYLE ALLEN.

ENCUENTRO: LUNES, 15:00. PISTA EXTERIOR.

Sentí algo de vergüenza por no saber muy bien qué era lo que se suponía que tenía que hacer con esa información, así que me giré para mirar al compañero que tenía a mi izquierda. Me reí sarcástica al verlo con un uniforme de baloncesto rojo; casi parecía que el destino lo había querido sentado a mi lado. Él arqueó una ceja rubia al escucharme y se inclinó hacia mi mesa para mirar el papelito.

—Bienvenida al equipo, supongo. —Me sonrió de forma amplia, con unos dientes perfectamente rectos.

—Gracias, supongo. —Le devolví la sonrisa, algo tirante.

—Kyle es un gilipollas, pero juega de puta madre. —Se mordió el labio inferior, riendo—. Mi nombre es Bruce.

—Eris. —Asentí de manera educada.

El timbre sonó, señalando el final de la clase.

—Pues te veré esta tarde en el entrenamiento..., Eris. —Pronunció mi nombre de forma lenta, casi saboreando cada letra de él.

Me dio un escalofrío. Lo último que quería era relacionarme con una panda de tíos sudorosos y probablemente con el comportamiento de una manada de hienas hambrientas que no habían visto a una mujer en su vida.

Suspiré y recogí mis cosas, pero no pude evitar seguir con la mirada al chico rubio y corpulento que me había sonreído de una manera tan amable unos segundos atrás. Era mono, sin más.

Había mencionado que ese tal Kyle era un gilipollas, y a mí me caían muy mal los gilipollas. Así que, bueno, habría que ponerlo en su sitio, entonces.

Tras acercarme a hablar con el profesor para informarme un poco mejor acerca del proyecto y aclarar las dudas, me marché a la clase de Cultura Visual. Mi lado guerrero estaba deseando que llegara el final de las clases para ir a comprobar cómo de imbécil era el capitán del equipo, pero por otro lado sentía cero ganas de interactuar con alguien después de la universidad. Aun

así, en cuanto terminé de comer, fui caminando hacia la pista de baloncesto con paso lento, porque aún tenía tiempo; llevaba mi iPad en el bolso y la cámara al cuello, solo por si acaso. A esa hora todo estaba demasiado tranquilo, y me sorprendía que el equipo entrenara justo después de la comida. Qué fatiga.

Mi teléfono comenzó a sonar, cortando la música que sonaba en mis auriculares. Al leer el nombre de mi hermano en la pantalla, decidí no responder. Él llegaría tarde, yo llegaría tarde, punto.

Al encontrarme frente a la pista, me dieron ganas de abrir la puerta metálica de una patada. Odiaba los deportes, y aunque no tuviera que jugar yo, me molestaba tener que basar uno de mis proyectos en ver gente lanzar un balón de un lado a otro y en tíos sudorosos con menos cerebro que una medusa.

En el lado opuesto a la puerta de entrada, sentado en un banco de piedra y de espaldas a mí, un chico estaba mirando su móvil de forma distraída. Me acerqué con cautela, observando sus anchos hombros y la espalda musculada, desnuda. Estaba levemente inclinado hacia delante, apoyando los codos en sus rodillas. Su cabello castaño oscuro caía salvaje sobre su rostro, y el hecho de pensar en tocarle el hombro para advertirlo de mi presencia hizo que se me acelerara el corazón como a una adolescente sin cerebro. Puaj. En lugar de hablarle, saqué la cámara y di unos pasos hacia atrás para capturar mejor el ángulo. La camiseta del equipo sobre el banco y el balón descansando junto a su mochila negra en el suelo me pareció el set perfecto. Cuando el clic del disparo sonó, él centró su atención en mí sin demasiado entusiasmo por encima del hombro.

Contuve la respiración al apreciar su perfil. Mechones de pelo reposaban en su frente, perlada de sudor, y bajo estos, unos brillantes y peligrosos ojos marrones. Su nariz estaba un poco abultada en el puente, y la punta era redondeada. Se pasó la lengua por los labios, húmedos y carnosos. Con el corazón acelerado, le hice otra

foto y él comenzó a reírse mientras se ponía de pie. Era increíblemente alto, joder.

Le hice otra y él se acercó a mí con el ceño algo fruncido. Ya no le hacía tanta gracia el juegucito. Disparé de nuevo cuando él estaba demasiado cerca, así que logró tapar el objetivo de la cámara con la mano.

—No toques mi cámara. —Me giré, dándole la espalda para poder limpiar la lente.

—Pues no me folles con los ojos, pardilla.

—Vaya por Dios. —Me reí y me crucé de brazos para observarlo de arriba abajo con desdén—. Me advirtieron de que eras gilipollas, pero no a este nivel.

—Pues se te está cayendo la baba admirando a este gilipollas. —Él también se cruzó de brazos.

Me forcé a apartar la mirada de las montañitas que formaban sus perfectos abdominales, centrándome de nuevo en sus ojos. Su rostro me resultaba familiar de una forma inquietante, pero las ganas de rebatirle superaron a la curiosidad.

—Ya. —Arrugué el entrecejo y di un paso atrás—. Dime, capitán, ¿no existen las camisetas en el Paleolítico?

—Sí, pero estoy seguro de que no quieres que me la ponga.

—En tus sueños. Hazle un favor al mundo y ponte algo de ropa. —Puse los ojos en blanco y pasé por su lado para sentarme en el banco de piedra.

Él se inclinó para coger la camiseta y tardó apenas un segundo en cubrirse con ella. Una pequeña parte de mí se decepcionó al perder de vista ese torso esculpido por los dioses.

—Vale, fotógrafa pardilla, creo que hemos empezado con mal pie. —Me tendió una mano, pretendiendo que se la estrechara—. Mi nombre es Kyle Allen.

—Eris. —Se la estreché, intentando controlar mis ganas de mandarlo a la mierda.

—Así que tú eres la nueva. —Me examinó con aprobación y sus ojos bailaron sobre mi rostro, brillantes—. Eris Blair. Te he visto en las listas.

—Eris. A secas —lo corregí cortante, y me di cuenta de mi error al instante.

—Estupendo, Blair. —Me guiñó un ojo, cogió el balón y lo botó frente a mí un par de veces.

Decidí que era inútil discutir con el chico, y elegí, por una vez, el camino de la paz. Le sostuve la mirada, a la espera de que dijera algo más, pero simplemente se dedicaba a botar la pelota de una mano a otra, con las comisuras de los labios curvadas hacia arriba.

—Bueno, ¿te sientas y vemos lo del absurdo proyecto?

—Dime, Blair, ¿alguna vez has jugado al baloncesto? —me preguntó divertido, ignorando mi propuesta.

—No, Kyle, nunca he jugado al baloncesto. —La situación comenzaba a desesperarme, y por muy agradable a la vista que fuera, quería irme—. Ni tengo pensado hacerlo, así que vamos a mirar lo del cartel, al menos.

—¿Cartel? —Enarcó una de sus espesas cejas oscuras y me quitó el papel del proyecto de entre las manos para mirarlo con curiosidad—. Ah, el cartel. —Asintió, como si de pronto lo recordara—. Lo de hoy es solo para conocernos y para presentarte al equipo. Pensamos que vendría alguna tía algo más... Ya sabes, como las que estudian *eso*. —Señaló mi tableta y yo fruncí el ceño.

—¿Qué te esperabas? —Recuperé el papel y lo guardé en mi bolso junto al iPad.

—Una rarita de pelo lila, gafas de pasta y mal aliento. —Me lanzó el balón y lo atrapé justo antes de que me diera en la cara—. No una tía buena. Aunque tu actitud deja mucho que desear, Blair.

—Muy del Paleolítico eso de desvalorizar a una mujer para halagar a otra. —Puse los ojos en blanco, asqueada—. A lo mejor no solo deberías quitarte la camiseta, sino también ponerte un taparrabos.

—No hay suficiente tela en Londres para cubrirme la polla, pardilla.

—Madre mía. —No pude evitar reírme, muy a mi pesar.

—¿Quieres comprobarlo? —me preguntó con media sonrisa, que de un plumazo se le borró cuando le devolví el balón con todas mis fuerzas. Lo cogió hábilmente, para sorpresa de nadie, antes de que chocara con su perfecto torso.

—No, gracias. —Me levanté del banco, con los brazos en jarra—. ¿Cuándo llegan los demás? Me apetece irme y no tener que verte la cara nunca más.

—Pues... —volvió a lanzarme la pelota— no deberían tardar, pero me da pena que nuestro rato a solas acabe tan pronto. —Chasqueó la lengua—. Quizá, la próxima vez que nos veamos sea entre mis sábanas.

—¿Los neandertales usáis sábanas?

—Tendrás que meterte en mi cama para comprobarlo. —Recibió el balón con una sonrisa divertida y comenzó a botarlo hasta pararse en la zona de tiro—. Ven, enséñame cómo lanzas la pelota.

—No necesito saber lanzar una pelota, gracias. —Me acerqué a él con cautela, justo frente a la canasta.

—Sí que necesitas saberlo. —Miró hacia abajo, justo a los bordes de los triángulos de mi top—. Y también necesitas saber que no se debe venir a un entrenamiento de baloncesto con tan poquita ropa, Blair.

—¿Es que los que jugáis al baloncesto tenéis las neuronas justas para no mearos encima? —Me moví, incómoda, y él devolvió sus ojos a los míos, consciente de mi molestia repentina.

—Vamos a fallar mucho por tu culpa. —Asintió, para después colocarse en posición de tiro—. Necesitas saber lanzar una pelota —continuó—, porque tienes que saber cuándo capturar la foto.

Sí, me jodía, pero el capitán del Paleolítico tenía razón. Para hacer una foto en condiciones, debía tenerse un mínimo cono-

cimiento sobre lo que iba a fotografiarse. Me coloqué a su lado, en silencio, y observé la posición de sus manos justo antes de que diera un pequeño saltito y la pelota volara de entre sus dedos con total sutileza, entrando después en el aro sin apenas ningún sonido más que el que hizo al rebotar en el suelo. Parecía fácil.

—Bien, pequeña pardilla sin mucho pecho —se rio cuando golpeé su brazo con el dorso de la mano y me ofreció la pelota—, muéstrame qué puedes hacer con eso.

—Estampártela en la cara, pedazo de gilipollas —murmuré, y me coloqué justo donde él había estado un segundo antes.

Intenté poner mis manos de forma parecida a la suya, recreando la imagen en mi mente. Desde fuera, la forma en la que el balón salió disparado sin fuerzas de entre mis manos debió resultar increíblemente patética.

—No pasa nada. —Fue trotando a recoger la pelota—. Deja que te posicione las manos.

Si no hubiera comprobado lo absurdamente imbécil que era, su sonrisa casi podría haberme parecido amable y comprensiva.

Me quedé rígida cuando se colocó detrás de mí y sus enormes brazos me rodearon. Puso la pelota frente a mi rostro, alcé las manos para sujetarla y él se inclinó por encima de mi hombro, quedando sus labios a la altura de mis ojos. Lo miré de reojo, intranquila. Posó una mano sobre la mía e hizo lo mismo con la otra, recolocando la posición de mis dedos de forma en la que estos se rozaban formando una T, tal y como él había hecho antes de forma natural. No podía controlar la velocidad que estaba alcanzando mi corazón al sentir su respiración en mi cuello, y me mordí el labio con fuerza para intentar relajarme. «Malditas hormonas». Sus manos impulsaron las mías casi sin darme cuenta y la pelota chocó con el aro, a punto de entrar.

—Bueno, Blair, a la próxima, encestas seguro. —Se fue trotando hacia el balón, como si no acabara de respirarme en el cuello, y

volvió botándolo de una mano a otra, tranquilo—. ¿Lo has pillado? ¿O necesitas que vuelva a explicártelo?

«No, Kyle, no lo he pillado. Estaba demasiado preocupada por si acabarías lamiéndome el cuello sin permiso».

—No, gracias. —Negué lentamente—. Me ha quedado claro. ¿Vienen ya tus compañeros? Quiero irme.

—La verdad es que no van a venir. —Sonrió con malicia—. Les dije que lo cambiábamos a mañana.

—No quiero perder la tarde de mañana aquí también. —Respiré, intentando reunir toda la paciencia posible.

—Una pena. —Se encogió de hombros—. En el papelito pone que el capitán indicará los horarios.

—No te conozco y ya me caes como el culo, Kyle Allen —refunfuñé. Cogí mi bolso y me lo colgué al hombro.

—Mañana a las cinco. —Alzó las cejas con un estúpido gesto de diversión—. Y procura no masturbarte con mis fotos..., Blair.

—Sí, créeme que haré todo lo posible por reprimir mis instintos primarios. —Me llevé una mano al corazón—. Una pena que sea una tarea tan difícil para ti. —Señalé el *muy* perceptible bulto en sus pantalones de deporte.

—El baloncesto me la pone dura, pardilla.

Volví a negar con la cabeza y le di la espalda, riendo inevitablemente cuando ya no podía verme. Lo escuché soltar una carcajada unos segundos antes de oír el impacto de la pelota en el tablero de la canasta.

# Capítulo 4

## GANAR ES PERDER



Miles

Las primeras clases de la mañana estaban enfocadas en la carrera de Empresariales, aunque algunas asignaturas me convalidaban otras de la de Traducción. Me maldecía a mí mismo cada día por haber elegido un doble grado, ya que, aunque saqué matrícula el primer año, había tenido que sacrificar la poca vida social de la que disfrutaba. Mi único entretenimiento en los ratos libres era acompañar a mi primo pequeño a sus entrenamientos de fútbol. Y ahora estaba demasiado lejos, así que plantaría más flores, escribiría más poemas, cocinaría más comida que Blair repudiaría y... estudiaría más.

Había aprendido a cocinar cosas ricas con alimentos super-nutritivos después de que mi hermana cayera en un trastorno alimenticio. Fue una fase bastante dura de mi adolescencia..., eso de ver a mi hermana perdiendo peso de manera desenfrenada, y sobre todo el *shock* de encontrarla provocándose el vómito en el cuarto de baño. Me suplicó que mantuviese la boca cerrada, y se

lo prometí. Me odió por contárselo a nuestros padres y me retiró la palabra durante meses. Así que mi forma de disculparme por faltar a su confianza fue aprender a cocinar y, de paso, así me aseguraba de que lo poco que ingería fuese suficiente para alimentar a su cuerpo. Si el precio para mantenerla a salvo era su odio, podía lidiar con ello.

Me quedé el último en el aula, recogiendo meticulosamente mis apuntes y esquemas y ordenándolos en mi carpeta con cuidado de no doblar ninguna esquina. Estaba a punto de levantarme cuando un par de manos con afiladas uñas negras se plantaron sobre mi mesa. Las reconocí de inmediato. El corazón se me desbocó por un segundo e intenté controlarlo antes de que la chica se diera cuenta. Conforme iba levantando la cabeza, no podía evitar recorrer su cuerpo con los ojos.

«Maldita sea».

Llevaba unos pantalones apretados de color crema que se ajustaban a la perfección a la curva de sus caderas; e igual de ajustada a su pecho, una camiseta blanca que dejaba su abdomen al descubierto. Quizá tardé demasiado en mirarla a la cara.

—¿Necesitas un pañuelo para limpiarte la baba, pringado?

—Hola. —Tragué saliva y me centré en sus ojos entornados.

—Verás —se sentó sobre la mesa y pasó las piernas sobre ella para quedar frente a mí—, ya me han contado cosas sobre ti.

—Ah... —logré decir, abrumado por su proximidad—. ¿Y qué te han dicho?

—Que estudias un doble grado. —Alzó las cejas, casi sorprendida—. Y que has elegido Debate como optativa.

—Sí. —Asentí brevemente, sin entender muy bien adónde quería llegar.

—Quiero darte la bienvenida con un pequeño debate sobre el cambio climático —dijo con una media sonrisa—. ¿Te atreves?

Miré la pantalla de mi móvil. Apenas quedaba una hora para la clase de Debate, y me sorprendió que me retara con tan poco tiempo de margen. Posiblemente, ya lo tuviera preparado. No era tonta, desde luego. Conocía bien a la gente como ella, y les satisfacía quedar por encima de los demás. Pero algo dentro de mí la sentía como un imán, atrayente, y quería medir su fuerza académica. Quizá su palabrería podría acabar conmigo en cuestión de minutos si estuviéramos en la calle, pero el micrófono y el atril eran mi terreno de juego, y se lo haría saber.

—Claro, no hay problema. —Me encogí de hombros y me levanté, fingiendo desinterés.

—Así que el chico nuevo se atreve a desafiarme. —Abrió las piernas y tiró del centro de mi camisa para dejarme entre ellas, con una pequeña sonrisa divertida. O ella era así, o es que se le estaba yendo la pinza—. Qué valiente.

—¿Debería temerte? —Intenté aparentar calma, pero su mano colocada sobre mi abdomen, hacía que me ardiese la piel bajo la tela.

—Ahora mismo, no. —Me sostuvo la mirada, simulando inocencia con sus enormes ojos de cervatillo—. Dentro de cincuenta minutos, échate a temblar. —Se puso de pie de un saltito, quedando muy pegada a mí—. Si esto te pone cachondo, Miles, espera a verme con el micrófono en la mano.

Cerré los ojos cuando sus uñas rozaron la línea de mi mandíbula y contuve la respiración hasta que salió del aula.

Me habían educado demasiado bien como para babosear con una mujer. Tenía una hermana melliza, una prima de mi edad, una prima mayor... Había crecido rodeado de mujeres. Estaba acostumbrado a ver tetas y culos desde antes de hablar, muy a mi pesar. Pero nunca en mis diecinueve años una chica había tenido esa proximidad conmigo.

Pasarme la adolescencia vigilando a mi hermana, estudiando para ser el hijo perfecto y trabajando los veranos en la oficina de

mi padre me había hecho tener contacto cero con cualquier chica. Nunca había dado un beso, nunca me había acostado con nadie y... Bueno, nunca lo había echado en falta o había tenido ese impulso. Hasta ahora. Bajé lentamente la mirada hacia mi entrepierna y maldije en voz baja.

Aproveché el resto del tiempo hasta el pequeño debate con *miss Inalcanzable* para buscar información reciente y actualizada que pudiera serme de utilidad. El resto serían gestos y palabrería.

Mientras escribía algunas anotaciones, mi mano comenzó a escribir por sí sola en el margen del papel.

Un impulso incontrolable.

Inalcanzable.

Sin ella saberlo...

No tenía tiempo para escribir más, así que garabateé sobre las palabras, desechándolas rápidamente. Lo guardé todo lo más rápido posible y me puse en camino hacia el aula de Debate.

No me asustaban las clases llenas de alumnos; nunca lo habían hecho. Es más, me gustaban. Plantarme frente a una multitud y exponer mis ideas y defenderlas hasta el final era para mí un simple pasatiempo. El tímido e introvertido Miles Banner, ese que le debía el apellido a su madre y el que todo el mundo conocía, le daba paso al Miles Carter latente dentro de mí. El apellido de mi padre me hacía sentir diferente, más como él. Adam Carter no se amedrentaba delante de nadie, y eso era algo que a mí solo me sucedía cuando defendía una idea. Mi cerebro se ponía a funcionar como una máquina y tan solo quería vencer a mi oponente. Aunque el oponente fuera la chica de las uñas afiladas.

Ella se encontraba frente al atril, mirando como un halcón hacia la puerta a la espera de mi entrada. Sonrió levemente al ver

que había aparecido, pero su rostro volvió a convertirse en pura seriedad y formalidad.

—Bienvenido, Miles Banner Carter. —La profesora estrechó mi mano de forma educada y yo asentí con firmeza—. Soy Dorothy Campbell, vuestra profesora de Debate. —Estudió mi rostro con detenimiento y luego señaló con la mano abierta hacia el pequeño escenario—. Megan ha querido retarte, y yo siempre estoy abierta a iniciar el curso con un buen debate.

—Sí, parece que ha elegido una propuesta interesante. —Asentí. «Así que la joven atrevida se llama Megan».

No pareció muy contenta al leer en mi mirada la chispa de excitación que me provocaba debatir con ella, y menos contenta pareció cuando subí los escalones, me ajusté el micrófono y dejé algunos folios sobre el soporte del atril de madera oscura.

—¿Qué tal? —Enarqué las cejas en un gesto que mi oponente entendió como un ataque.

—Por favor, saludaos —nos recordó la profesora, y después carraspeó.

—Miles —masculló entre dientes, tendiéndome la mano.

—Megan. —Sonreí, saboreando su nombre y estrechando la suya, y sentí cómo clavaba sus uñas a conciencia.

—Miles Banner, tú defenderás la implicación del ser humano en el cambio climático. —La Señora Campbell dejó un guion estructurado sobre mi atril—. Megan Allen, tú te posicionarás en contra. —Dejó otro papel frente a ella y se sentó en un escritorio situado en el extremo del escenario—. Tendréis dos minutos para defender vuestras propuestas o rebatir las del oponente. Damos comienzo al debate. Empieza, Miles.

Sonreí con cierta malicia y le dediqué una mirada rápida al resto de los alumnos, que nos observaban con curiosidad. En realidad, tenía todo a mi favor; empezar me otorgaría cierta ventaja para pensar en nuevos argumentos.

—Bien. El cambio climático lleva bajo estudio muchas décadas, y es un hecho corroborado por las mayores organizaciones mundiales que su efecto ha empezado a tomar velocidad a lo largo de los últimos cincuenta años. —Le sonreí, tomándome un segundo para respirar con calma. Ella frunció el ceño—. El cambio y los avances en nuestra sociedad en el último decalustro dan a entender que dicho avance acelerado es consecuencia, en gran parte, de las acciones humanas. —Gesticulé hacia ella con la mano abierta, con movimientos cómodos y sutiles—. Los últimos estudios realizados por las mayores comunidades científicas así lo prueban.

—Megan. —Dorothy asintió, mirándome con una sonrisa de aprobación.

—En primer lugar, señor Banner —sonreí cuando usó mi apellido; así que esa sería su táctica—, es cierto que existe un cambio climático. De hecho —alzó las cejas de esa forma característica suya, casi imperceptible—, es parte de la evolución de nuestro planeta. El clima se encuentra en constante cambio. —Frases cortas y directas. Bien—. Es innegable el aumento de la temperatura global en las últimas cinco décadas, señor Banner..., pero no es comprobable que sea un aumento debido exclusivamente a la actividad humana. —Era inteligente. Usaba palabras redundantes para restar credibilidad a mis argumentos—. Me reitero: el planeta lleva miles de millones de años en evolución y cambio, recorriendo ciclos, por lo que esto no puede reducirse a una única variable. No puede negarse el aporte humano en el proceso, como el de cualquier otro organismo vivo, por supuesto. Pero, definitivamente, no creo que sea el principal motor de este cambio.

Sonreí con malicia cuando la profesora me dio la palabra con un gesto:

—Señorita Allen —ella tensó la mandíbula cuando se percató del detalle de llamarla por su apellido, tal y como había hecho conmigo—, déjeme explicarle qué hace el ser humano para producir

este efecto. Como usted bien dice, se trata de un fenómeno natural, llamado efecto invernadero. Lo que se intenta explicar y dar a conocer es cómo el humano lo intensifica, de qué forma. —Abrí las palmas de las manos hacia ella, invitándola a intervenir, pero pareció morderse la lengua cuando estuvo a punto de faltar al turno de palabra, lo que me otorgaría ventaja—. Bien, es un hecho que el ser humano, en las últimas décadas, ha aumentado la concentración de los gases que dan origen a este fenómeno por diferentes actividades: la quema de combustibles fósiles, la deforestación, la ganadería y la agricultura intensiva —enumeré, gesticulando con los dedos en su dirección—. Esto ha hecho que llegemos a temperaturas que creíamos *inalcanzables*. —Me mordí el labio inferior, conteniendo una sonrisa victoriosa cuando un «Pero» se escapó de sus preciosos labios pintados de granate.

Si bien al principio podría haber tenido las de ganar por su aspecto confiado, por su soltura al hablar y por la rotundidad con la que defendía las ideas, bastó una palabra para que mi contrincante se tropezara en la segunda ronda. Sentí algo de lástima cuando, por dos votos más que ella, los compañeros me declararon vencedor del debate. Podía notar la rabia de sus ojos sobre mí, como chispas a punto de prenderle fuego a un bosque. Así que le sonreí. Megan apartó la mirada, furiosa, pero sabía que no había terminado conmigo.

Al salir del aula, apareció como una sombra detrás de mí y tiró de mi muñeca para guiarme hacia uno de los pasillos. No entendía cómo un cuerpo tan pequeño podía almacenar tanta fuerza, pero levantó los brazos a la altura del cuello de mi camisa perfectamente planchada y me empujó hasta que mi espalda chocó con una de las taquillas. Yo me dejé, alzando las manos con las palmas abiertas a ambos lados de mi cuerpo. Su perfecta nariz aleteaba con la fuerza de su respiración agitada, e intenté mantener la calma lo máximo posible.

—Escúchame bien, pringado —su voz temblaba por el enfado, y entendí que no le hacía mucha gracia que quedaran por encima de ella—, los debates los gano yo. Todos. Sin excepción.

—Pues hoy ha debido haber un fallo en el guion, Megan.

—Si crees que vas a venir con la cara de niño bueno a quitarme algo en lo que soy la mejor... No, querido Miles, eso no va a suceder.

—Lo siento, Megan. —Suspiré, intentando enterrar el hacha de guerra—. No sabía que te afectaría tanto. Procuraré dejarte ganar.

—No vas a *dejarme* ganar, gilipollas. —Sus dedos se aferraron aún más a mi camisa—. Voy a ganarte por mis propios medios. Aunque tenga que hundirte.

Estaba demasiado acostumbrado a las amenazas de ese tipo por parte de mi hermana, así que no sentí nada al oírla. Palabras vacías. Palabras-caparazón que ocultaban miedos, vulnerabilidad y falta de confianza. Pero no quería discutir con ella. No había sido mi intención y no lo sería nunca.

—Está bien. —Asentí—. Lamento haberte hecho sentir incómoda o a disgusto, no era mi intención.

—Deja de hablar como Shakespeare —me soltó por fin la camisa y yo la alisé con una mano— y de vestir como el típico profesor maloliente de Tecnología. —Me examinó de pies a cabeza y después clavó sus ojos felinos en los míos.

—¿Huelo mal? —Hice el ademán de olisquearme el cuello de la camisa, pero ella dio un paso adelante, quedando *demasiado* cerca de mí.

—No me jodas más, Miles. —Su mirada fue una advertencia.

—No lo haré, Megan.

La sonrisa al pronunciar su nombre era inevitable.

Cuando ella se marchó, recordé llamar a mi hermana para avisarla de que llegaría un poco tarde, ya que pasaría un buen rato en la biblioteca. Pero, para variar, me colgó la llamada.